

Los cuadros temblorosos

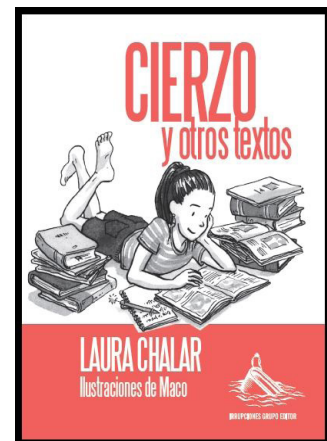
Miguel Avero

(Instituto de Profesores Artigas
Grupo de Investigación sobre Literatura Fantástica Uruguaya)

Chalar, Laura.

Cierzo y otros textos.

Irrupciones, Montevideo, 2017.



Poeta y abogada –no es un caso aislado dentro de la literatura uruguaya contemporánea, pensemos en Andrea Estevan, Constanza Farfalla y Léonie Garicoits, esto merecería un estudio aparte–, Laura Chalar (Montevideo, 1976) abarca con oficio diversas facetas creativas: además de poeta es narradora, crítica literaria, traductora y editora. En narrativa publicó los libros de cuentos *El discreto encanto de la abogada* (2007) y *El vuelo del Pterodáctilo y otros cuentos* (2009). Como poeta publicó *Por así decirlo* (2005). También integra, junto a una veintena de autores, la antología de poetas uruguayos emergentes *América invertida* (2016), editada por la profesora Jesse Lee Kercheval en Estados Unidos.

Los desplazamientos (Chalar vive entre Uruguay y Argentina) impregnan su obra ficcional, desplazamientos en el espacio y en el tiempo, travesías meditadas que suponen un constante reacomodamiento interior.

Cierzo y otros textos

Laura Chalar despliega una serie de mecanismos para atrapar el pasado. Sabe de antemano que es tarea infructuosa, pero en su intento, en esa doble batalla contra la mentira y el olvido surge la ficción. Ficción hundida en las arenas de la nostalgia, desenterrada a veces como un jarrón antiguo que conserva algo del pasado en sus rajaduras.

El desliz poético previo viene a tono con el libro en cuestión. *Cierzo y otros textos* (Irrupciones, 2017) es un híbrido que va desde la prosa poética a la narrativa pasando –sin pudor alguno– por un capítulo exclusivamente poético. Cualquier lector medianamente avezado comprenderá sin sorpresa que las fronteras genéricas son difusas, sin embargo, en el proyecto de Chalar esto es, por lo menos, arriesgado.

El libro se compone de cuatro partes: “Inventario del verano”, “Una lista de Holanda”, “En Venecia” y “Cierzo”. Las dos primeras, funcionan a partir de pequeñas estampas narrativas que presentan el mundo recortado de ciertos recuerdos, especie de álbum de la memoria afectiva.

“Inventario del verano” colecciona momentos de un verano familiar; la voz narrativa hace foco en dos personajes infantiles (Mab y Tim) y sus experiencias en la playa durante unas vacaciones tan intensas como fugaces: “A veces llueve. La consecuencia más obvia de la lluvia, para los chicos, es que no hay playa. La lluvia es la no-playa; es reencontrarse con la casa, sus sonidos y sus silencios” (22).

“Una lista de Holanda” conserva el fragmentarismo, la postal narrativa, pero muestra una mayor elaboración del lenguaje y empieza a soltar algunas puntas temáticas que se desarrollarán en los textos siguientes –fundamentalmente en “Cierzo”–, como el tópico de la pérdida del padre o el catálogo de obras pictóricas que comprenden el reservorio cultural de la narradora: “Y, como sucede con todos los cuadros holandeses de ese siglo afortunado, se nos dice que la carta es del marido, embarcado quizá en alguna empresa fantástica” (47).

Esta continuidad formal se ve desbaratada en el tercer texto del libro: “En Venecia”. Aquí Chalar transita poéticamente canales y puentes de la emblemática ciudad italiana en un vano intento por decir: “Acerca de Venecia es menester silencio” (69) y en el intransmisible deseo de mostrar: “Abrir los ojos en Venecia y llovizna...” (60). El viaje poético va en consonancia con el recuerdo de un viaje físico en compañía de su madre, a quien, por cierto, están dedicados los nueve poemas de la composición.

Anteriormente mencioné el riesgo que conlleva el cruce de géneros en un proyecto global como el de *Cierzo y otros relatos*. Tras cierta regularidad formal en los dos primeros textos del libro, el lector se topa con un quiebre, un opúsculo poético titulado “En Venecia”. El crítico norteamericano John Gardner sostiene, en *El arte de la ficción*, que “La ficción funciona como funciona porque genera un sueño en la mente del lector” (52) y, posteriormente, agrega: “El escritor no debe permitir que el lector se distraiga” (52). Si bien esta aparición poética nos distrae momentáneamente, se trata de un mero salto visual, el encauzamiento no se demora y por ello es perdurable la ensoñación. Chalar logra un fructífero amalgamamiento de los géneros a través de una continuidad emocional

que atraviesa el espectro de la obra para recalar con hondura en “Cierzo”, cuarta y última parte del libro.

Cierzo

“...quisiera un viento que llegara desde lejos, septentrional y arrasador, y me viene a la memoria ese hermoso sustantivo, cierzo...” (89).

El pasaje citado funciona como una poética del libro en el que se encuentra inserto. Todo este texto final (pero central) se mueve en una fuerte contradicción: la desaparición inevitable a la que nos conduce el tiempo y el viaje retrospectivo del recuerdo en su afán por retener y sostener el pasado.

En esta nueva galería de recuerdos es posible sostener un instante más la mirada. Chalar desarrolla con aplomo las escenas de otro tiempo: la figura central del padre –y aquí la autora se suma a una larga tradición elegíaca (Manrique, Sabines, Richard Ford y tantos otros)–; el vínculo, desde la infancia, con la pintura “mi preferido entre todos [...] ese era Degas, porque no ha nacido niña que no quiera ser bailarina...” (76); una ingeniosa disquisición sobre la tristeza y el perspectivismo “la verdadera tristeza, la que no es para los turistas, le cuadra mejor a Montevideo” (77); un largo listado del llanto que se resume en el único llanto posible con la muerte del padre “la sola cosa” (83); y el sueño impensado de la hija abriéndose al inagotable mundo de la lectura (escena del pasado y del futuro que es posible vislumbrar en las frescas ilustraciones de Maco que acompañan los textos).

“Cierzo” es el punto de llegada de las innumerables partidas que inician los tres capítulos previos. Siempre a través de reflexiones entrecortadas por la insistencia del recuerdo, especie de hacedor persuasivo que se cuela por las rendijas emocionales sacudiendo los cuadros temblorosos de la memoria. Los relatos iniciales son la entrada a esta exposición personal, íntima, el paseo propuesto por Chalar ofrece diversas alternativas: el mundo infantil, el de los viajes, las esferas concomitantes de la poesía, la plástica y la fotografía, el manotazo mortuorio y la dádiva de la vida. El gesto de poetizar el pasado las reúne a todas.

Bibliografía citada

Gardner, John. *El arte de la ficción*. Traducido por Miguel Martínez-Lage. Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja, Madrid, 2001.